

¿“CONOCIMIENTO” O “DESENGAÑO”? EL VIAJE EUROPEO DE ANTONIO PONZ (1785)

Mónica Bolufer Peruga

Universitat de València

El viaje es un verdadero estudio y se debe hacer observando y no meramente por divertirse.

Antonio VILA Y CAMPS, *El noble bien educado*, 1776

INTRODUCCIÓN. VIAJAR, ¿PARA QUÉ?

SEGÚN SE DESPRENDE DE LAS PALABRAS DE QUIEN FUERA OBISPO DE MENORCA Y DE Albarracín en el siglo XVIII, viajar ha sido siempre, y ciertamente lo fue en la época que nos ocupa, una actividad sujeta a una intensa regulación didáctica y moral, como ha puesto de relieve la abundante bibliografía que viene estudiando la literatura de viajes.¹ En el tratado para la educación de la nobleza de Antonio Vila y Camps (1776-1809), como en tantos otros de su género, se consagra un capítulo entero a aconsejar al aristócrata bisoño –y a sus progenitores– sobre el viaje: para qué viajar, cuándo, en compañía de quién y cómo hacerlo, qué países recorrer y qué buscar en cada uno de ellos, con quién relacionarse a lo largo del recorrido y qué peligros –morales y prácticos– evitar.² Desde hacía más de un siglo, el viaje venía considerándose una práctica pedagógica de pri-

¹ MACZAK, Antoni: *Viajes y viajeros en la Europa moderna*, Barcelona: Omega, 1996 (sobre la práctica general del viaje, y en particular sobre los viajes de los magnates polacos en los siglos XVI y XVII). PIMENTEL, Juan: *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid: Marcial Pons, 2003. ROMERO TOBAR, Leonardo y ALMARCEGUI ELDUAYEN, Patricia (coords.): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid: Akal-Universidad Internacional de Andalucía, 2005. Entre las contribuciones más recientes al tema, destacan por su interés los dossiers “Caminar escribiendo: expansión europea y literatura de viajes”, en *Revista de Occidente* n° 260 (enero 2003) y “Les mirades del viatger”, en *Afers*, vol. 22, n° 57 (2007).

² VILA Y CAMPS, Antonio: “El Noble bien educado” (1776), en MAYORDOMO PÉREZ, Alejandro y MIGUEL LÁZARO, Luis (eds.), *Escritos pedagógicos de la Ilustración*, Madrid: MEC, 1988, vol. I, p. 213.

mer orden, como lo establece John Locke en un conocido pasaje de sus *Some thoughts on education* (1693), en el que sistematiza –y en algunos aspectos matiza– toda una tradición anterior sobre el particular, y que se constituyó en modelo para obras posteriores.³ Se trataba de un ejercicio que, al final de su instrucción académica, permitía a los jóvenes de la nobleza no sólo practicar algo de lo aprendido, sino también formar su gusto estético contemplando *in situ* las grandes obras de la Antigüedad y los tesoros artísticos del presente o del pasado más reciente. Pero, sobre todo, les daba la posibilidad de adquirir mundo, es decir, de aprender aquello que no enseñan los libros: el arte de las relaciones sociales, la habilidad para moverse en medios sociales y nacionales diversos, el dominio de las maneras y la observación de las costumbres. Aunque esta práctica formativa viene relacionándose sobre todo, bajo la denominación de *Grand Tour*, con el viaje iniciático que solían emprender por Europa –fundamentalmente Italia y Francia– los jóvenes nobles ingleses, acompañados por su preceptor, durante meses, e incluso años, tal hábito formó parte, en mayor o menor medida, de los estilos de vida de otras noblezas europeas, desde la polaca a la hispánica.⁴ Y no sólo de los varones nobles, también, en alguna medida, de las mujeres de su clase y, a partir del siglo XVIII, de unas clases medias que, en la medida de sus posibilidades, trataron de imitar el cosmopolitismo de sus superiores.

En el siglo ilustrado, la preceptiva y los propios relatos de los viajeros comenzaron a añadir a la dimensión pedagógica del viaje para la formación individual otra aplicación, ésta colectiva: su utilidad para la reforma del propio país, de acuerdo con el enfoque utilitario propio de las Luces. Una nueva visión de la actitud con que cabe afrontar el viaje, y de las enseñanzas que de él debe extraer el viajero, que expresa con claridad la prensa periódica ilustrada, por ejemplo el célebre *Pensador* de José Clavijo y Fajardo:

En los objetos que debe proponerse un viajero, no se puede dar regla fija. Estos varían a proporción de su inclinación o de sus luces. Los unos se aplicarán a investigar el modo de pulir una nación; los otros a la navegación y al comercio; éstos a examinar el origen y medios de mantener la opulencia de un Estado, y aquellos a indagar sus fuerzas y los motivos de su decadencia. Las manufacturas, los varios ramos de hacienda, el ceremonial, las alianzas y tratados, los cálculos políticos, las leyes y el buen orden de la sociedad son materias a que deben aplicarse los viajeros, cada uno según su inclinación y estado en que se halle colocado.⁵

³ LOCKE, John: *Pensamientos sobre la educación*, Madrid: Akal, 1986, sección XXXVII: “De los viajes”, pp. 271-274. Entre las muchas obras inglesas posteriores de consejos para los viajes figuran *Instructions for travellers* (1757) de Josiah Tucker, o *Essay to Direct and Extend the inquiries of Patriotic Travellers* (1789) de Leopold Berchtold.

⁴ BLACK, Jeremy: *The Grand Tour in the Eighteenth Century*, Gloucester: Alan Sutton, 1997. AMORÓS, José L.; CANUT, M^a Luisa y MARTÍ CAMPS, Fernando: *Europa 1700. El “Grand tour” del menorquín Bernardo José*, Barcelona: Ediciones del Serbal, 1993.

⁵ CLAVIJO Y FAJARDO, José: *El Pensador*, Madrid: Joaquín Ibarra, 1762-1767 (edición facsímil: Lanzarote-Las Palmas de Gran Canaria, 1999), “Pensamiento XIX”, 159-188, cita en pp. 178-179.

Pero también los aristócratas cultivados del siglo XVIII contemplarán, junto a la utilidad personal del viaje en la propia formación, su carácter de cuasi-deber para el joven que aspira a impulsar, desde sus responsabilidades y sus cargos, el bienestar y el desarrollo de su país. Así lo enuncia el VI conde de Fernán Núñez –ilustrado, militar, diplomático y gran viajero– en las *Cartas a sus hijos* (1791):

El que viaje con estas y otras precauciones que enseña la experiencia, sacará un verdadero fruto de sus viages, y será útil quando se restituya a su patria: distinguirá lo que puede sin violencia adaptarse a ella, lo que necesita alguna variedad y alteración para que sea útil, y lo que por ningún modo conviene imitar, ni puede combinarse con el gobierno, religión, situación, clima y genio de su nación (...), y será un ciudadano que con sus viages habrá servido e ilustrado a su patria.⁶

La evolución en los objetivos contemplados como deseables para el viaje se acompañará también, lógicamente, de un énfasis distinto en los aspectos que se considera deben merecer atención por parte del viajero y plasmarse por escrito en el relato de un periplo. Asistiremos así al tránsito del viaje clasicista, centrado en la observación y descripción de las antigüedades y vestigios del mundo greco-romano, que domina entre el Renacimiento y la década de 1760, al viaje ilustrado, obsesionado por describir y aprender de la agricultura, comercio, manufacturas, costumbres públicas y privadas e instituciones culturales y políticas de los países visitados, hasta desembocar, a finales del siglo XVIII, en los orígenes del viaje romántico, con su gusto por el paisaje, lo pintoresco, agreste y sublime, y su tendencia a impregnar las descripciones de la subjetividad del autor. Esos modelos, difundidos de forma insistente a través de una literatura de viajes que se multiplica de forma exponencial a lo largo del siglo, y que la mayoría de viajeros conocía bien antes de iniciar su itinerario, condicionaron profundamente sus actitudes, la planificación de su recorrido, la atención prestada a los distintos aspectos de los territorios que visitaban y el tono y contenido que imprimieron a sus relatos, de modo que debemos estar prevenidos acerca de la frecuente repetición en ellos de tópicos y actitudes aprendidas. Como afirma Maczak:

La palabra impresa ayudaba al turista a prepararse y a comprender los países extranjeros, pero, al mismo tiempo, le sustraía a menudo a su diario cualquier chispa de originalidad y lo convertía en una exposición de árida erudición”. “A menudo reescritos tras la vuelta a casa de los autores, complementados por sus lecturas sobre la topografía y la política de los países visitados, deformados por fallos de la memoria, los relatos podían servir bastante bien como guías de viajes, pero de hecho nada nos dicen de las experiencias reales de los turistas ni de sus intereses inmediatos.⁷

⁶ *Carta de Don Carlos de los Ríos, XXII Señor y VI conde de Fernán-Núñez a sus hijos*, París: imprenta de Didot, 1791. Cito por la edición de Jesús Gutiérrez, “Un ‘arte de vivir’ en el siglo XVIII: la *Carta* del sexto conde de Fernán-Núñez”, *Dieciocho*, 6 (1983), pp. 42-115, cita en pp. 91-92 (sobre los viajes, pp. 83-92).

⁷ MACZAK: *Viajes y viajeros*, pp. 414 y 382.

Sin embargo, esos influyentes moldes literarios dejaban un cierto margen a las preferencias, objetivos, talento, formación y estilo de cada autor, así como las del público implícito al que se dirige, como pretendo mostrar al presentar el *Viaje fuera de España*, la obra menos conocida de Antonio Ponz y Piquer (1725-1792).⁸

RETRATO DE UN VIAJERO ILUSTRADO

Disponemos de dos imágenes de Antonio Ponz: una, el autorretrato al óleo que compusiera durante su etapa de formación como pintor en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y que se conserva todavía en el museo de dicha institución (fig. 1); otra, el grabado que encabezaba el último volumen de su *Viaje de España*, publicado a título póstumo por su sobrino en 1794 y acompañado por una breve semblanza del difunto autor (fig. 2). Paradójicamente (o quizá no tanto), su vida nos resulta apenas conocida en sus trazos más básicos, sobre todo de carácter público (sus textos impresos, los cargos desempeñados en Madrid, los viajes), y aun éstos tan sólo de forma incompleta.⁹ Ponz nació en una familia de agricultores acomodados de Bejís, pueblo de Castellón, el 28 de junio de 1725. Tras estudiar en la vecina Segorbe en el colegio de la Compañía de Jesús, cursó, como tantos hijos segundones de mediana fortuna, estudios de Filosofía y Teología en la Universidad de Valencia y en la de Gandía, donde se graduó en 1746. Aunque fue investido con las órdenes menores, sus preferencias se orientaron hacia las Bellas Artes, en las que inició su formación durante su estancia en Valencia, con el pintor Antonio Richard, y la completó en Madrid, asistiendo desde 1747 a las clases de la Junta Preparatoria, germen de la futura Academia de San Fernando. Como tantos aspirantes a artistas educados en las Academias de toda Europa, viajó en 1751 a Roma, visitando por el camino otras ciudades italianas. En esa urbe que fascinaba a todos los viajeros, artistas y eruditos europeos, en la que se superponían los vestigios de la Antigüedad clásica, el riquísimo patrimonio artístico, renacentista y barroco, acumulado por siglos de mecenazgo por parte de los papas y de las grandes familias romanas, los museos y academias artísticas, literarias y científicas, residió hasta 1759, contando con una ayuda del gobierno español.

Ponz no dejó testimonio escrito, al menos que haya pervivido, de su estancia italiana, como lo hicieron tantos viajeros que desde el Renacimiento convir-

⁸ PONZ, Antonio: *Viaje fuera de España*. Edición de Mónica Bolufer. Alicante: Universidad de Alicante, 2007. Las citas se referirán a esta edición.

⁹ Sintetizo en los siguientes párrafos la biografía de Ponz; datos más detallados y referencias documentales pueden consultarse en mi estudio introductorio: BOLUFER, Mónica: "Una mirada por Europa en el siglo de las Luces. Antonio Ponz y su *Viaje fuera de España* (1785)", en PONZ, *Viaje...*, pp. 13-175, esp. pp. 13-31, así como en LOPE, Hans-Joachim (ed.): *Antonio Ponz (1725-1792): coloquio hispanoalemán*, Frankfurt: Peter Lang, 1995.

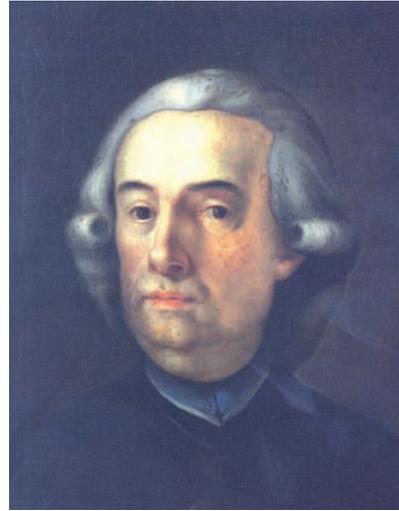


FIG. 1. Autorretrato de Antonio Ponz (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando).

tieron el viaje a Italia (y su descripción escrita) en una tradición cultural casi ineludible para cualquier artista, hombre de letras o aristócrata que se preciara.¹⁰ Podemos suponer, no obstante, que el viaje resultó decisivo para completar su formación y encauzar su carrera futura. El contacto directo y continuado con la arquitectura clásica, renacentista y barroca y con las obras conservadas en las grandes colecciones (privadas o pontificias) marcaría profundamente su gusto artístico. Allí debió conocer a numerosos artistas de diversos países, subvencionados como él por las autoridades respectivas: los miembros de la Academia de Francia en Roma, como el pintor Charles Joseph Natoire (1700-1777), o el pintor y grabador Giovanni Battista Casanova (1730-1795), a quienes menciona en sus posteriores obras; los alumnos de la propia Academia de San Fernando, como el pintor sevillano Preciado de la Vega o el escultor valenciano Francisco Vergara.¹¹ También allí entabló relación con el bohemio Anton Raphael Mengs (1728-1779), director de la *Accademia di San Lucca* desde 1754, y es probable que lo hiciera asimismo con el alemán Johann Joachim Winckelmann (1717-1768), bibliotecario y conservador artístico del cardenal Albani y más adelante prefecto de las antigüedades vaticanas, que estableció en sus escritos (especialmente en su *Histoire de l'art dans l'antiquité*, 1781) los principios del arte neoclásico, basados en la defensa del valor objetivo de la belleza absoluta y en la

¹⁰ BRILLI, Atilio: *Il viaggio in Italia. Storia di una grande tradizione culturale dal XVI al XIX secolo*, Milán: Silvana, 1987.

¹¹ URREA, Jesús: "El viaje de Don Antonio Ponz a Italia", en *Estudios de Historia del Arte. En honor del profesor Dr. D. Ramiro Otero Túnez*, Santiago de Compostela, 1993, pp. 509-517.

imitación de las obras clásicas.¹² La experiencia italiana proporcionó a Ponz también una ocasión de relacionarse con algunos personajes influyentes, como el propio Mengs, futuro pintor de cámara de Carlos III, Francisco Jiménez de Góngora y Luján, duque de Almodóvar (1727-1794), aristócrata culto y cosmopolita, el valenciano Francisco Pérez Bayer (1711-1794), preceptor de los infantes de España, o el embajador español en Nápoles, Alfonso Clemente de Aróstegui, contactos que le fueron de gran utilidad para labrarse una carrera exitosa a su regreso a España en 1759.

Una vez de vuelta, esas poderosas amistades, no menos que la formación obtenida en Italia, debieron influir en el hecho de que obtuviese el encargo de decorar la biblioteca de El Escorial con retratos de hombres ilustres, lo que le permitió entablar amistad con los monjes jerónimos, examinar los ricos fondos manuscritos de monasterio y realizar copias de las obras de pintores famosos, como Rafael, Veronés o Guido Reni. Más importante, sin embargo, sería el encargo, recibido tras la expulsión de los jesuitas en 1767, de inventariar las pinturas conservadas en conventos de la Compañía para que pudieran servir a profesores y alumnos de la Academia de Bellas Artes, que derivó en una labor más exhaustiva: un completo inventario del patrimonio artístico y arqueológico español. Tal magna tarea, financiada por una pensión gubernamental, fue el origen de los dilatados viajes de Ponz por nuestro país, plasmados en el *Viaje de España, o Cartas en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella* (fig. 3).¹³ La obra, bien acogida en la Corte, sancionó definitivamente su ingreso, por la puerta grande, en los círculos de la política cultural borbónica, con su nombramiento, el 1 de septiembre de 1776, como secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (fundada en 1752).¹⁴ En calidad de tal, a lo largo de casi quince años (1776-1790), Ponz ejerció un papel destacado en la política artística borbónica, con una orientación acusadamente dirigista de control e imposición de los criterios del “buen gusto” neoclásico. Murió, como buen viajero, casi en el camino. A los 67 años, en el inicio de uno de sus múltiples recorridos para completar la que fue la obra de su vida, enfermó gravemente, y falleció al poco de regresar a Madrid, el 4 de diciembre de 1792.

La posteridad le recuerda sobre todo como autor del *Viaje de España*, publicado en 18 tomos entre 1772 y 1794, que alcanzó un importante éxito en España y en otros países europeos, granjeando a su autor un gran prestigio, el in-

¹² WINCKELMANN, Johann Joachim: *Reflexiones sobre la imitación del arte griego en la pintura y en la escultura*, Barcelona: Península, 1987; del mismo autor, *Historia del arte en la antigüedad*, Barcelona: Iberia, 1994.

¹³ Madrid, Joaquín Ibarra, 1772-1794. Existe una edición facsímil (Madrid, Atlas, 1972).

¹⁴ BÉDAT, Claude: *La Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1744-108*. Madrid: FUE, 1989, p. 31.

greso en la Academia de la Historia y en diversas Sociedades Económicas y la admisión en la *Society of Antiquarians* de Londres. La obra constituye una extensa y detallada descripción del país, basada en sus propios viajes y en informaciones de primera mano. Más allá de su indudable interés como exhaustivo repertorio de descripciones artísticas, es un excelente ejemplo del viaje ilustrado, concebido como una forma de contribuir a las reformas económicas y sociales, recabando para ello todo tipo de datos y valoraciones acerca de la población, recursos económicos, estado de las comunicaciones o establecimientos asistenciales.¹⁵

En un intervalo de sus incesantes viajes por España, Ponz realizó también otro recorrido europeo, distinto del que le había llevado a Italia en su juventud. A diferencia de entonces, sí dejó constancia de él en un texto impreso, el *Viaje fuera de España*, publicado en 1785. El periplo había tenido lugar dos años antes, en 1783, probablemente entre junio y noviembre: un viaje rápido, de tan sólo seis meses, por un itinerario que a otros viajeros, como su amigo el marqués de Ureña, les llevaría más de un año recorrer, y que le llevó a conocer Francia, Inglaterra, las Provincias Unidas (actual Holanda) y los Países Bajos del Sur (hoy Bélgica) (fig. 4). Saliendo de Toledo, pasó los Pirineos hasta Bayona, y desde allí viajó por el Este de Francia a París, visitando por el camino ciudades como Burdeos, Tours, Blois y Orléans. Posteriormente, se dirigió a Normandía y embarcó hacia Dover para visitar Londres y el Sur de Inglaterra. Desde allí se embarcó de nuevo para alcanzar las Provincias Unidas, donde conoció las más importantes ciudades, como Rotterdam, Delft, La Haya, Leiden, Haarlem, Amsterdam o Utrecht, y tras ellas las flamencas: Amberes, Malinas, Bruselas, Lovaina y Gante. El viaje de vuelta le llevaría de nuevo a París y después, por el centro y el Sudoeste de Francia, a Lyon, Aviñón, Nîmes, Montpellier, Béziers, Narbona y Toulouse, hasta los Pirineos, para acabar en Alcalá de Henares.

El *Viaje fuera de España* consta de dos volúmenes, cada uno de ellos compuesto por un prólogo y 12 cartas (fig. 5).¹⁶ Éstas se dirigen a un interlocutor probablemente imaginario, en el que algunos críticos suelen ver al conde de Campomanes, pero que en mi opinión representa más bien, de acuerdo con las convenciones de la forma epistolar, habitual en la literatura de viajes, al público implícito que Ponz contempla como receptor de su texto: culto, de talante reformista y con un criterio formado en los cánones del “buen gusto” neoclásico. El texto, escrito de forma un tanto apresurada, y al que su autor

¹⁵ FRANK, Ana Isabel: *El “Viage de España” de Antonio Ponz*, Frankfurt: Peter Lang, 1997.

¹⁶ Madrid, Joaquín Ibarra, 1785, 2 vols., 2ª edición, ligeramente corregida, en 1791-1792. Traducción al italiano: *Viaggio fuori di Spagna di D. Antonio Ponz, segretario Della Reale Accademia di S. Fernando, in cui si da notizia delle cose più riguardevoli specialmente intorno alle belle arti di Francia d’Inghilterra e d’Olanda*, Ferrara: Eredi di Giuseppe Rinaldi, 1794, 2 vols.



FIG. 2. Retrato de Ponz incluido en el volumen XVIII de su *Viaje de España* (1794).

debió prestarle una menor atención que a la gran obra de su vida, el *Viaje de España*, apenas ha merecido el interés de historiadores y estudiosos de la literatura de viajes; con algunos notables precedentes, sólo desde los años 90 se le han dedicado estudios de cierta profundidad, y no ha sido hasta fechas bien recientes que ha sido objeto de una edición crítica.¹⁷ Estos trabajos vienen mostrando que, aunque pueda clasificarse entre los relatos de viajes con un marcado contenido artístico, no sólo su contenido no se limita a estos temas, sino que los propios criterios estéticos que en él se expresan pueden considerarse como vehículo e hilo conductor de un discurso más amplio de carácter reformista. En este sentido, el *Viaje fuera de España* ofrece una perspectiva sobre Europa que puede compararse con los de otros viajeros contemporáneos para perfilar tanto lo que tienen en común como

aquellos que resulta peculiar de la mirada y de la escritura de su autor en el contexto de la literatura de viajes de su tiempo.

¹⁷ HILTON, Rodney: "Antonio Ponz en Inglaterra", *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. XIII (1936), pp. 115-131. HAIBACH, Helene Waltraud: *Antonio Ponz und sein "Viage fuera de España"*, Frankfurt: Peter Lang, 1983. ROMERO TOBAR, Luis: "Antonio Ponz fuera de España: su visión del París prerrevolucionario", en *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona: PPU, 1989, pp. 437-450. MORANGE, Claude: "Le voyage en France d'Antonio Ponz ou l'Espagne au coeur", en AYMES, Jean René (ed.): *La imagen de Francia en España durante la segunda mitad del siglo XVIII*, Alacant: Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1996, pp. 241-255. DELGADO, Daniel Crespo: "El giro del mundo". El *Viaje fuera de España* (1785) de Antonio Ponz", *Reales Sitios*, n° 152 (2002), pp. 64-81. BOLUFER, Mónica: "Visiones de Europa en el siglo de las Luces. El *Viaje fuera de España* de Antonio Ponz (1785)", *Estudis*, n° 28 (2002), pp. 267-304, y "Una mirada por Europa...".

LA MIRADA DE PONZ

“Prefiero que me cuentes a quién has visto que no qué has visto” (Lord Chesterfield, *Cartas a su hijo*).¹⁸

¿Cuáles fueron las circunstancias del viaje de Ponz por Europa? Apenas lo sabemos. De hecho, lo primero que llama la vista en su relato, en relación con los de otros viajeros de su época, es la escasa información que ofrece acerca de los detalles prácticos y materiales del recorrido. Comparado con Bernardo José de Olives, noble menorquín que realizó su *Gran Tour* en 1700, con Diego Alejandro de Gálvez, canónigo sevillano que viajó a Flandes y París en 1755, con el ilustrado José Viera y Clavijo, que recorrió Francia, Italia, Flandes o Alemania en 1777-78 y 1780-81, con Gaspar de Molina y Zaldívar, marqués de Ureña, amigo de Ponz, que realizó un recorrido muy similar al suyo en 1787-88, con Juan Andrés (que escribió sobre sus viajes por Italia en 1785-91) o Leandro Fernández de Moratín (por Inglaterra, Italia y Francia, en 1787 y 1792-1793), Ponz es el menos expresivo sobre estos particulares.¹⁹ Nada nos dice, con contadas excepciones, sobre cuánto gasta y en qué, con qué financiación cuenta, en qué fechas y por cuánto tiempo se detiene en los distintos lugares, quién lo acompaña o dónde se aloja. Apenas precisa en alguna ocasión el lugar en el que se hospeda: en Londres, en Suffolk Street (p. 424); en París, en “una de las mejores partes de la ciudad” (p. 281); en Dover, en una fonda cuya propietaria conocía Cádiz (p. 420), o alaba las posadas británicas (p. 433) aunque se queje de sus elevados precios. Dedicar unas pocas líneas a la gastronomía inglesa (p. 626), se queja en ocasiones del obligado soborno a los vigilantes en las aduanas o entradas a las ciudades francesas (p. 745), o del cobro de tasas o entradas para visitar los monumentos de Inglaterra (pp. 584 y 634). Breves menciones, deslizadas entre varios centenares de páginas, sobre detalles que, en cambio, muchos otros viajeros anotan escrupulosamente en sus relatos, con el fin de aconsejar a quienes siguieran sus pasos.²⁰

¹⁸ Citado por FREIXA, Consol: *Los ingleses y el arte de viajar. Una visión de las ciudades españolas en el siglo XVIII*, Barcelona: Ediciones del Serbal, 1993, p. 11. Una selección de la obra de Chesterfield se tradujo al castellano, con el título de *Lecciones de mundo y de crianza, entresacadas de las cartas que Milord Chesterfield escribía a su hijo Stanhope cuando estaba educándose, traducidas del inglés al español y publicadas por Don Josef González de Torres*, Madrid: viuda de Marín, 1797.

¹⁹ AMORÓS: *Europa 1700*; AGUILAR PIÑAL, Francisco: “De Sevilla a Flandes en el siglo XVIII. Don Diego Alejandro de Gálvez y su *Itinerario geográfico*”, *Archivo Hispalense*, n° 105 (1961), pp. 9-56; VIERA Y CLAVIJO, José: *Apuntes del diario e itinerario de mi viaje a Francia y Flandes y Extracto de los apuntes del diario de mi viaje desde Madrid a Italia y Alemania*, ambos publicados, en sendos volúmenes, en Santa Cruz de Tenerife: Biblioteca Isleña, 1849; PEMÁN MEDINA, María (ed.): *El viaje europeo del marqués de Ureña (1787-1788)*, Cádiz: Unicaja, 1992; FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro: *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, Barcelona: Bruguera, 1984.

²⁰ MACZAK, *Viajes y viajeros...*, cap. 7.

Pero sobre todo, resulta llamativo que Ponz sea todavía más parco en informaciones acerca de las personas que le acompañaron o las que tuvo ocasión de conocer y tratar a lo largo de su itinerario. Cuando se expresa en plural, debemos entender que llevaba como acompañantes permanentes u ocasionales a una o varias personas de su condición (la presencia de criados, cocheros, postillones y otros subalternos solía pasar inadvertida, salvo en caso de conflicto, en la literatura de viajes). Sin embargo, nunca desvela su identidad, ni siquiera cuando, en su recorrido por el Sur de Inglaterra, diga haber tenido la agradable sorpresa de una “excelente compañía de viaje” (p. 425), a la que mencionará en alguna otra ocasión, sin revelar nada más sobre ella.

Por otra parte, todos los viajeros, y Ponz no podía ser menos, solían llevar consigo credenciales o cartas de recomendación dirigidas a alguna autoridad local (eclesiástica o civil), al embajador de España u otros personajes bien situados, que presentaban a su llegada a una ciudad, para conseguir que se le franquease el acceso a las instituciones eruditas (academias, bibliotecas), a los gabinetes y colecciones privadas de arte y antigüedades, y para ser introducidos en los mejores círculos de la sociedad local. Resulta casi imposible que él no lo hiciera así, y sin embargo nada consigna al respecto en su relato, en el que apenas figura una invitación a comer en casa de un acomodado comerciante de origen sefardita, Carlos Peixoto, en Burdeos (pp. 261-262). Ni siquiera en París, donde ejercía por entonces como embajador español el conde de Aranda, dice haberle visitado, como sí lo haría pocos años más tarde el marqués de Ureña, a quien la influencia de Aranda abrió las puertas de algunos lugares reservados.²¹ Sólo en raras ocasiones indica Ponz su relación previa con algunas de las personas mencionadas a lo largo del relato, como el P. Alejandro Panel, a quien conoció en Madrid como preceptor del infante Don Luis (p. 792), o deja entrever que, como a todo viajero, cuenta con las informaciones que le proporcionan personas de la sociedad local (“Un sujeto, natural de aquí, de los que me he servido para poder decir algo en la materia”, p. 378).

Pero estos contados ejemplos son excepciones que confirman la regla, es decir, la omisión deliberada por parte de Ponz de detalles acerca de sus relaciones y sus actividades sociales y de ocio en las ciudades visitadas. Así, por ejemplo, en París, allí donde esperaríamos encontrar, como sucede en otros relatos de viajes –los de Ureña, Viera, Moratín– descripciones de los salones y círculos de sociabilidad, o de las lecciones de anatomía o experimentos sobre electricidad, parte ejercicio científico, parte espectáculos, celebrados en algunas casas privadas, hallamos, en cambio, extensos pasajes dedicados a la descripción de monumentos y a las prolifas listas de obras de artes contempladas en palacios y colecciones privadas. Si en una ocasión Ponz acude a la ópera en la capital gala, dice

²¹ PEMÁN, *El viaje europeo...*, p. 242.

hacerlo a regañadientes, para cumplir con aquello que parece obligado en todo viajero, y se excusa: “Sin embargo de que mi genio no es muy llevado a esta clase de espectáculos...” (p. 400).

Y es que Ponz, sin duda, hubiera discrepado de Lord Chesterfield acerca de la importancia de consignar a *quién* vio y trató en sus viajes, tanto o más que *qué cosas* tuvo ocasión de ver. Por supuesto, puede argüirse, acertadamente, que la demanda de Lord Chesterfield se refiere a un tipo de viaje muy distinto del de Ponz, el de un joven distinguido (su propio hijo natural) en busca de adquirir mundo, y se expresa, además, en el contexto de una correspondencia privada, no en una obra que tuviese como objetivo la publicación (aunque tal correspondencia acabase editándose tras la muerte de su autor). Puede señalarse, del mismo modo, que algunos de los relatos que sí detallan extensamente este tipo de informaciones, como los de Olives, Viera, Ureña o Moratín, nunca se publicaron en su tiempo, sino que quedaron como manuscritos que no verían la luz hasta mucho más tarde, en el siglo XIX (Viera) o incluso a finales del XX (los restantes).

Podríamos pensar, por tanto, que Ponz compartiría la opinión del jesuita Juan Andrés, quien en el prólogo a sus *Cartas familiares*, escritas a su hermano Carlos narrando sus viajes por Italia entre 1786 y 1791, justifica la inclusión de referencias personales por tratarse de cartas privadas, no destinadas, en principio, a la difusión impresa: “En ellas te hablé siempre de mí y de mis cosas, lo que a ti el afecto fraterno te lo habrá hecho leer con gusto; pero los sujetos desapasionados ¿qué gusto pueden encontrar en leer que uno me haya visitado, que otro me haya convidado y otras frialdades semejantes? (...) Y ¿qué importa a los lectores que yo en Nápoles haya estado alojado aquí o allí, o que haya comido y cenado en esta o en la otra parte? *Tú y los amigos tenéis más curiosidad de las noticias de mi persona que de las cosas que había visto; el público desea saber las cosas, y poco le debe importar mi persona*”.²²

Sin embargo, como conocen bien los estudiosos de la literatura de viajes, los límites entre las obras destinadas a la imprenta y aquellas escritas tan sólo para un uso privado son borrosos, y se deben muchas veces más bien al azar que a la intención del autor. Así, manuscritos pulcramente corregidos, como los de Olives o Ureña (quizá también los de Moratín), parecen haber tenido como objetivo una edición posterior, que por alguna razón nunca llegó o lo hizo tan sólo de forma póstuma. Asimismo, las cartas “familiares” de Juan Andrés, aparentemente privadas, y por cuya publicación casi se excusa su autor, se escribieron, con toda probabilidad, teniendo en mente una versión impresa. En ellas (que responden, como el *Viaje fuera del España*, al modelo del viaje erudito), las descripciones de ruinas y monumentos, de colecciones artísticas, monetarios o gabinetes de curiosidades, no excluyen la presencia del palpito de la vida cotidiana, las referencias a las tertulias que su autor frecuenta, o a los intelectuales, artis-

²² ANDRÉS, Juan: *Bolonia, Florencia, Roma. Cartas familiares*, I, edición de Enrique Giménez, Alicante: Universidad de Alicante, 2004, p. 194.

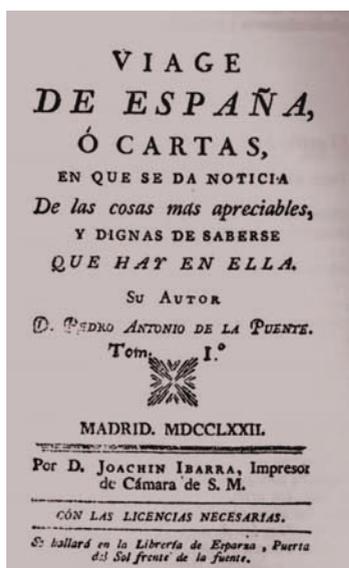


FIG. 3. Portada de la primera edición del *Viaje de España* (1772).

tas y gentes distinguidas a quienes trata a lo largo de su viaje. Y tampoco, por otra parte, están ausentes el interés erudito, anticuario o científico en las páginas escritas por Viera o Ureña, por poner dos ejemplos de viajeros tan atentos a la sociabilidad y las costumbres como a los aspectos académicos, artísticos, económicos y políticos de los territorios visitados.

De la comparación se desprende, por tanto, que Ponz es uno de los viajeros menos sensibles o locuaces sobre las cuestiones de la vida cotidiana, lo que dota a su relato, a los ojos del lector actual, de un estilo descriptivo y frío, incluso plúmbeo, que hace su lectura menos atractiva que la de otros textos contemporáneos. Sin embargo, como historiadores no podemos reprochar a las fuentes históricas aquello que no contienen, sino intentar entender qué es lo que nos brindan y lo que silencian, y por qué. Comprender cuál es, para un viajero como Ponz, el propósito de viajar y, sobre todo, qué es aquello que merece figurar en el testimonio público del viaje, es decir, consignarse en un relato y ofrecerse a los lectores.

El objetivo que esgrime el propio Ponz en el prólogo a su obra es doble. Por una parte, poner en evidencia lo que considera las tergiversaciones y falsedades difundidas por viajeros y hombres de letras extranjeros acerca de España: “por cuanto es conveniente que los nacionales y extranjeros se desengañen del indigno modo con que nos tratan ciertos escritores, se deben repetir sus calumnias e injusticias, publicarlas e impugnarlas muy a menudo, y dar de este modo a conocer la mala fe y modo que han tenido de tratarnos” (p. 192). Por otra, proporcionar ideas e informaciones útiles, a través de la observación de las experiencias de otros territorios, para contribuir a la reforma de la economía, la sociedad y las artes en su país: “se determinó a [...] salir de España; recorrer los reinos y pro-

vincias de que se trata en esta nueva obra; proponer los ejemplos que le parecen dignos de imitarse, como también los que se deben huir” (p. 181).

Como bien se ha señalado, el *Viaje fuera de España* no puede entenderse fuera del contexto de las polémicas sobre las aportaciones de España a la cultura europea, su labor colonizadora en América o su estado tras las reformas borbónicas, polémicas muy vivas en el siglo XVIII y a las que la literatura de viajes contribuyó de forma notable.²³ En un sentido más amplio, la obra expresa las ambivalencias que en la sociedad española de la época suscitaba la relación con el resto de Europa, específicamente con los países que ocupaban una posición hegemónica en lo económico, lo político o lo cultural. Ejemplos que se tomaban como horizonte a alcanzar, pero a la vez despertaban, entre los sectores más conservadores de la sociedad española e incluso entre los propios ilustrados, reticencias y reacciones defensivas de vindicación de lo propio frente al influjo foráneo. Las *Cartas persas* de Montesquieu (carta LXXVII) y algunos relatos de viajes, como las *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico* (1759) de Norberto Caimo o el *Voyage de Figaro* (1784) de Fleuriot de Langle, y muy especialmente el artículo “Espagne” de la *Encyclopédie méthodique* (1782), escrito por Masson de Morvilliers, causaron, por su retrato poco favorable de España, un gran revuelo, induciendo a numerosos autores, como Cadalso, Azara, Cavanilles o Forner, a tomar la pluma en defensa de su país, y a otros, como los redactores de *El Censor*, a mostrar su acuerdo con ciertas críticas que en ellos se formulaban.²⁴

En este sentido, en el prólogo al primer volumen del *Viaje de España* Ponz ajusta cuentas con lo que llama el “rancio semillero” de los tópicos y acusaciones vertidos por algunos de los relatos de viajeros extranjeros por España: las *Lettere d'un vago italiano* del P. Norberto Caimo (1759), las *Letters* de Edward Clarke (1763; fig. 6), los *Travels* de William Dalrymple (1777) y Henry Swinburne (1779; fig. 7) y, por encima de todo, el fantasioso *Voyage de Figaro*, mostrando un juicio más favorable hacia otras obras que estima mejor fundamentadas: los *Travels* de Richard Twiss (1775) y de John Talbot Dillon (1780), *A journey from London to Genoa through England, Portugal and France* de Giovanni Baretta (1770; fig. 8) y el *Nouveau voyage* de Jean-François Peyron (1782). En el prefacio al segundo volumen, se ocupa en rebatir las opiniones de Masson de Morvilliers sobre la escasa contribución de España, en los últimos siglos, a la cultura y la ciencia europea y también, a través de una carta que dice escrita

²³ MARÍAS, Julián: *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid: Planeta, 1988 (1ª edición 1963), pp. 32-63; DIZ, Alejandro: *Idea de Europa en la España del siglo XVIII*, Madrid: BOE-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000, capítulo 16, pp. 454-564. MESTRE, Antonio: *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Madrid: Marcial Pons, 2003. IGLESIAS, Carmen: “España desde fuera”, en VV.AA.: *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid: Academia de la Historia, 1998, 3ª ed., pp. 377-428.

²⁴ Sobre los tópicos en la literatura de viajes, véase ORTAS, Esther: “La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturizadas, soñadas...”, en ROMERO TOBAR, Leonardo y ALMARCEGUI ELDUAYEN, Patricia (coords.): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid: Akal-Universidad Internacional de Andalucía, 2005, pp. 48-91.

por un amigo (probablemente el duque de Almodóvar) y que reproduce, desautoriza a los autores extranjeros que habían reprochado a España las crueldades cometidas en la conquista de América, como Raynal en su *Histoire philosophique et politique des établissements dans les deux Indes* (1770).

Al mismo tiempo, Ponz hace gala de su noción del viaje como una empresa patriótica, un medio para recabar en los distintos territorios informaciones útiles, con el fin de contribuir a la reforma y la felicidad pública. En este sentido, pretende juzgar con imparcialidad los méritos y carencias tanto de las otras naciones como de la propia, y aconseja a quienes viajan que adopten esa misma actitud para aplicar en el futuro lo aprendido a la mejora del país desde la responsabilidad que el destino les depare:

Así volveréis ilustrados con nuevos conocimientos: no preferiréis todas nuestras cosas a las ajenas, ni todas las ajenas a las nuestras; daréis el justo valor a cada una, y sabiendo discernir y apreciar lo que merece, sabréis enmendar, mejorar o establecer lo que lo necesite el día que quiera el cielo destinaros al manejo de los negocios, y ponga en vuestras manos las riendas del gobierno o el mando de los ejércitos (p. 539).

¿En qué medida el relato de viaje que ofrece Ponz cumple con tal propósito, haciendo honor a su intención de ecuanimidad? ¿Cuál de los dos platillos pesa más en su balanza, el de la apología de España o el de la exhortación a su reforma? A los ojos del lector moderno, de los dos objetivos que según el autor inspiran su obra, la vindicación de su país frente al extranjero parece dominar en muchos lugares, imponiéndose en su conjunto sobre los pasajes críticos. Esa parece ser también la conclusión del propio Ponz: “Tendréis cada día nuevas ocasiones de amor a vuestro país, de bendecir el gobierno que nos rige, y preferir el trato en negocios y fuera de ellos con vuestros compatriotas; y para una vez que la balanza de la comparación se incline a favor del extranjero, la hallaréis veinte por España” (p. 538). Y en efecto, no pierde ocasión de señalar las deficiencias de cualquier orden que observa en los países visitados y de realizar comparaciones, muchas veces favorables a España.

Sin embargo, la combinación entre esos dos ingredientes, apologético y crítico, oscila marcadamente en los distintos territorios. Es en el recorrido por Francia donde la intención vindicativa se hace patente de una forma mucho más intensa que el resto del viaje, probablemente porque habían sido gentes de letras francesas, desde los viajeros del siglo XVII a Fleuriot de Langle o Masson de Morvilliers, pasando por Montesquieu y Voltaire, los principales divulgadores del estereotipo negativo de lo español.²⁵ Ponz lamenta que dichos tópicos encuentren acogida por la general ignorancia que, en su opinión, como en la de

²⁵ AYMES (ed.): *La imagen de España...* LAFARGA, Francisco (ed.): *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona: PPU, 1989; BOIXAREU, Mercedes y LEFÈRE, Robin (eds.): *La historia de España en la literatura francesa. Una fascinación*, Madrid: Castalia, 2002.

otros de sus compatriotas, reinaba en Francia acerca de la nación vecina: “Me mantengo en la opinión de que a muchos escritores franceses les son menos conocidas las cosas que suceden a la puerta de su casa, cual se puede considerar España, que las que suceden en China” (p. 305). Condicionado por ese empeño por restaurar la imagen de España, el relato resulta aquí particularmente árido y apenas se despega del inventario artístico para esbozar breves comentarios sobre la agricultura, las manufacturas o las instituciones asistenciales. Y lo hace buscando casi siempre la ocasión de subrayar aquello en lo que su país aventaja a Francia, sea en su patrimonio artístico y monumental (así, El Escorial le parece un monumento de mucho mayor mérito que la catedral de Notre-Dame o el Louvre –pp. 282-289, 300-314), o incluso en instituciones culturales y científicas (aspecto en el que resta valor a la *Bibliothèque Royal* y compara desfavorablemente el *Jardin des Plantes* con el Jardín Botánico de Madrid – pp. 331-333). Ponz deja de lado, en cambio, casi por completo otros aspectos que ocupaban largas páginas en los relatos de muchos viajeros: el dinamismo de la vida cultural y el brillo de la sociabilidad en los salones. Y es que parece haber hecho firme propósito de no dejarse seducir por nada de lo que el país vecino pueda ofrecerle, para dejar en buen lugar a España, y también quizá para mostrarse como un hombre de mundo que no cae fácilmente en la galomanía tan de moda por toda Europa entre las gentes cultivadas y distinguidas.

En cambio, al llegar a Inglaterra, el relato cobra un estilo sustancialmente distinto, abandonando el tono frío y tedioso, cuando no resentido, de las cartas desde Francia, por un estilo más vivo y un contenido más variado, en el que la relación de monumentos, pinturas, estatuas y edificios se enriquece con reflexiones más extensas sobre la economía y también comentarios sobre las costumbres y la política: como si el autor, sintiéndose más cómodo en este país, relajara un tanto el semblante severo que exhibe en otros pasajes. ¿Por qué esa llamativa diferencia? El análisis de su texto revela que Ponz siente gran afinidad por ciertos aspectos del arte inglés, así como con la cultura y la sociedad del país. Pero además, su simpatía se explica por su amistad con personajes relevantes en la política y la cultura inglesas, que pudieron presentarle a otras personas y franquearle las puertas de instituciones intelectuales y artísticas, permitiéndole conocer de una manera más directa y profunda la vida inglesa y haciendo así más grato y provechoso su viaje y más rico su relato.

Aunque Ponz, siguiendo su costumbre, apenas da nombres, un breve agradecimiento incluido en el prólogo del primer volumen, junto con el dato, recogida por su sobrino, de que fue admitido como miembro en la londinense Sociedad de los Anticuarios, me pusieron sobre la pista de estas relaciones, que la consulta de archivos ingleses ha permitido verificar y conocer.²⁶ Así, gracias a las

²⁶ PONZ, José: “Vida de Don Antonio Ponz”, en *Viaje de España*, tomo XVIII, Madrid: viuda de Ibarra, 1794, pp. XXV-LXII, referencia en p. XLVI.



FIG. 4. Itinerario de Ponz por Europa (1783).

actas de la *Society of Antiquaries* y a la correspondencia privada de la familia Robinson (barones de Grantham), custodiada en el *Luton and Bedfordshire Public Record Office*, he podido clarificar la amistad de Ponz con Thomas Robinson, segundo barón de Grantham (1738-1786). “Milord Grantham”, como lo llama aquél en su prólogo, era un aristócrata cultivado, con gran interés y gusto por las artes y la literatura, que había sido embajador en España, donde lo conoció Ponz, entre 1771 y 1779, y posteriormente desarrolló en su país una importante carrera política (en el momento del viaje de Ponz era secretario de Estado de Asuntos Internacionales, y desde 1784 hasta su muerte fue miembro del comité del *Privy Council* para cuestiones relativas al comercio y las colonias). Gracias a él trabajó también relación con otros miembros de su familia y de su

círculo de colaboradores más estrechos: su hermano Frederick, que lo acompañó durante su estancia en España, Robert Darley Waddilove (1736-1828), capellán de la embajada y erudito con gran interés por la cultura española, el reverendo Michael Lort, miembro de la Sociedad de Anticuarios (así como de la Royal Society) y su vicepresidente hasta 1788, o Thomas Pelham (1756-1826), futuro conde de Chichester, a quien Ponz facilitó los contactos y las visitas a monumentos y colecciones durante su viaje a España en 1775-1776.²⁷

Gracias a estos contactos, Ponz logró la admisión en una sociedad erudita inglesa, la *Society of Antiquaries*, fundada en 1707 y dedicada al estudio de las antigüedades romanas, los vestigios arqueológicos y epigráficos de la antigua “Britannia”, pero también de la arqueología medieval o de las antiguas culturas autóctonas en las colonias inglesas, y que mantenía relaciones con instituciones similares de otros países.²⁸ Fue nombrado socio honorario (*Honorary Fellow*) el

²⁷ *Bedfordshire and Luton Record Office*, “Lucas Papers”, diversas cartas, en particular las incluidas en la signaturas L 30/14 y 15. British Library, *Additional Manuscripts*, 33.100, “Pelham Papers”, ff. 22-28. Véanse referencias detalladas en BOLUFER, “Una mirada por Europa...”, pp. 85-93.

²⁸ EVANS, Joan: *History of the Society of Antiquaries*, Oxford, 1956.

17 de diciembre de 1778, a propuesta del propio Lord Grantham y de otros tres miembros, de los cuales al menos dos, los reverendos Darley Waddilove y Lort, lo conocían previamente, fuese en persona o por vía epistolar, precisamente por mediación de Grantham.²⁹ Para apoyar la propuesta se adujo como mérito el monumental *Viaje de España*, del que se habían publicado por entonces ya seis volúmenes, que habían llegado a manos de los amigos de Ponz y, a través de ellos, a las de otros eruditos o libreros ingleses.

Estas relaciones, atestiguadas por la correspondencia de Ponz con algunos de estos personajes y por las referencias a él en otras cartas, permiten, en suma, entender mejor el tono positivo que tiene su relato sobre Inglaterra. Una simpatía que creo es fruto, en parte, de su afinidad intelectual con quienes, más allá de las fronteras nacionales y de la diferencia de rango, eran sus semejantes por intereses y gustos artísticos y culturales: la adhesión a las ideas reformistas, el aprecio por la erudición y el gusto clásico en el arte. En este sentido, la imagen de Inglaterra que brilla en sus páginas es la de un país bendecido por una economía próspera, una sociedad dinámica, a la vez que civilizada y ordenada, y una estética clasicista promovida por el mecenazgo de nobles y burgueses cultos y refinados. Una imagen de opulencia y tranquilidad que omite por completo la referencia a los efectos sociales negativos del desarrollo capitalista británico: la desposesión campesina, el éxodo rural, las penurias del proletariado naciente, aspectos que pasan desapercibidos a sus ojos o que, como en el caso de los motines de Gordon en 1780, pretende explicar tan sólo como muestra de intolerancia hacia la minoría católica, en lugar de como manifestaciones de una intensa conflictividad social (p. 624).

Junto con el recorrido por Inglaterra, el relato de la visita a las Provincias Unidas constituye la parte más interesante y variada del *Viaje fuera de España*. Ponz se encuentra aquí, como otros viajeros, con un territorio diametralmente opuesto a España en muchos aspectos: un país de tradición protestante, forjado en la rebelión contra la monarquía hispánica, inmerso en un proceso de desarrollo agrario y mercantil, con un régimen político original y un grado de libertad religiosa e intelectual sin apenas parangón en su tiempo: “Esta tierra es en todo muy original en la Europa” (p. 695). Pero esa distancia, que en Inglaterra se traduce en interés por el país y afinidad con aspectos clave de su sociedad y su cultura, en las Provincias Unidas se torna ambivalencia entre la repulsa que, como buen católico, Ponz se siente obligado a expresar hacia un país de “herejes”, cuya independencia política (reconocida formalmente en 1648) había sido fruto de la revuelta contra el dominio hispánico, y la admiración que le despierta la prosperidad holandesa. El pragmatismo se impone, y si en algunos pasajes evoca los episodios de la insurrección que acabó con el poder hispano en los antiguos Países Bajos del Norte (p. 662), la envidia y el aprecio por la rica agricul-

²⁹ *Society of Antiquaries of London, Minute Books*, vol. XVI (1778), pp. 92-94 y 142.

tura holandesa y por el esplendor de su comercio internacional dominan en la imagen que Ponz ofrece de ese territorio (p. 664). Junto a la admiración, sin embargo, se hace patente la extrañeza que despierta en él, como en otros viajeros, una cultura profundamente ajena. En este sentido, y con algunas excepciones de pintores a los que admira, como Rembrandt, muestra indiferencia e incluso desagrado hacia las formas artísticas propias de ese territorio, entre ellas el gótico civil flamenco y la severa estética de las iglesias protestantes, desnudas de tesoros artísticos (pp. 665-666). Y algunas de las costumbres holandesas, marcadas por el espíritu calvinista, le chocan a cada paso, hasta el punto de provocarle algún sarcasmo y de transmitir en su relato una latente incomodidad, como es el caso de obsesión por el ahorro y por la limpieza y aseo de los interiores domésticos: “Viendo tan poca gente, me decía uno que estarían contando en sus casas toneles de oro” (p. 677); “La máxima de los holandeses de dos siglos a esta parte, tengan poco o mucho, es gastar bastante menos de lo que tienen anualmente, cuya máxima es casi inalterable; por tanto, es rarísimo el ejemplar de un disipador, y muchos los de casas muy poderosas que no salen de su antiguo género de vida, sumamente económica, por más riquezas que acumulen” (p. 691).

Por último, al cruzar la frontera para llegar a los Países Bajos del Sur, que habían seguido formando parte de la monarquía hispánica, tras la independencia de las Provincias Unidas, hasta el tratado de Utrecht que en 1714 los asignó a Austria, Ponz expresa un sentimiento de alivio por reencontrarse con una cultura religiosa que le resulta familiar y con unas manifestaciones artísticas más afines a sus gustos. De nuevo, la actitud que traslucen sus descripciones es la de una mayor simpatía, no tanto, como en el caso de Inglaterra, por la admiración hacia la opulencia y bienestar de que gozaba una nación en pleno desarrollo, sino por proximidad histórica, “por el papel que hacen en un buen trozo de nuestra historia” (p. 720). Por ello, subraya con insistencia los fuertes vínculos de esos territorios con la monarquía hispánica, soslayando, en cambio, los conflictos políticos y religiosos, las violencias de la rebelión iniciada en 1566 y la represión subsiguiente ejercida por el duque de Alba.

PALABRAS Y SILENCIOS

Seis meses de recorrido, cuatro países distintos, un viajero que mira y elabora sus descripciones, como no podría ser de otra forma, marcado por las expectativas distintas con las que llegó a esos lugares, condicionadas éstas, a su vez, tanto por sus gustos y preferencias individuales como por las relaciones que tales territorios tenían con España y por la percepción dominante que de ellos se albergaba aquí. Esos factores modulan con ciertas variaciones, para cada uno de esos países, los ingredientes temáticos fundamentales del *Viaje fuera de España*, con sus presencias y sus ausencias. De estas últimas, las más llamativas las constituyen dos temas comunes en los escritos de otros viajeros: la política y las cos-

tumbres. Consciente de ello, Ponz se esfuerza por marcar las distancias, subrayando que, a diferencia de otros, no se detendrá en describir y valorar las instituciones y el gobierno de los países visitados: “Como yo no he venido a juzgar de los hombres, particularmente en materias políticas y morales, dejo este punto a otros que tengan capacidad de discernir y genio de murmurar” (p. 607). Tal vez por prudencia, al tratarse de un tema delicado, pues su viaje le llevó por territorios dotados de regímenes distintos del absolutismo imperante en la mayor parte de Europa, incluida la España borbónica: los de la monarquía parlamentaria inglesa o la república de las Provincias Unidas. Pero también por convicción, porque para un hombre como Ponz, confortablemente instalado en las instituciones

culturales vinculadas a la monarquía absoluta y cuyo pensamiento político se encuadra en un moderado reformismo, tales fórmulas políticas no resultan en absoluto envidiables. Rompe su silencio, no obstante, en algunos pasajes del texto, formulando sobre ellas, de forma explícita o entre líneas, algunos juicios, más bien desdeñosos. Es el caso de la constitución inglesa, tan admirada por muchos ilustrados, entre ellos Montesquieu, por su balance entre la potestad regia y el poder del parlamento, que Ponz apenas califica de “singular” y “curiosa” (p. 637, nota a), mientras que se explaya mucho más en censurar la libertad, a su juicio excesiva y aun escandalosa, en el debate político parlamentario y, más allá de él, en el vigor de una opinión pública con fuerte presencia popular, a través de sus protestas y discusiones en clubes o tabernas y de una intensa actividad publicística:

La impunidad de los que imprimen y graban aborta continuamente libelos infamatorios y sátiras crueles, con que atormentan a quien se les antoja, sin exceptuar personas honestas, laboriosas, instruidas, benéficas o colocadas en altas dignidades. Esto lo alaban y aplauden los sectarios de la libertad, pero no los sabios, que entienden hasta dónde deben llegar sus límites, pasando de los cuales degenera en una licencia opresora de la virtuosa y honesta libertad, bajo de cuya sombra vive tranquilo y seguro el ciudadano. La libertad en Londres, dice un escritor inglés que es un *mot de guet*, esto es, como el santo que se da entre la tropa y que sólo sirve para amotinar el pueblo que, abandonando, cuando tal palabra suena en sus nidos, los trabajos y más precisas ocupaciones, se junta y comete las mayores insolencias (pp. 628-629).

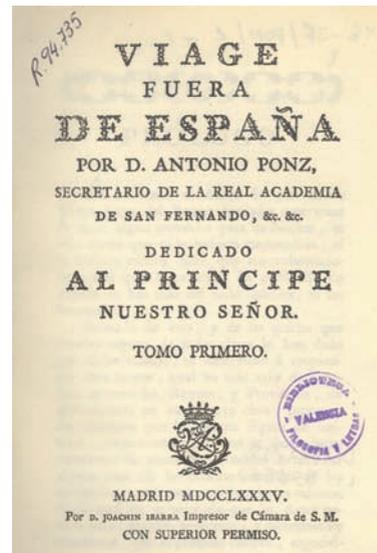


FIG. 5. Portada de la primera edición del *Viage fuera de España* (1785).

Es el caso también de la peculiar fórmula política de las Provincias Unidas, que constituían una laxa asociación de territorios con sus propios estados provinciales, cuyo único vínculo institucional lo constituían los Estados generales de la república y el cargo de estatúder, ejercido tradicionalmente, tras la independencia de la monarquía hispánica, por la familia de los Orange-Nassau. No es de extrañar que ese régimen republicano y caracterizado por la elevada autonomía urbana y provincial desagrade a un hombre como Ponz, fiel a la monarquía absoluta y a los criterios centralistas propios del reformismo borbónico. Y por ello, lejos de captar ni mucho menos lamentar su condición de república oligárquica con fuertes inclinaciones aristocratizantes y monárquicas, contra la cual se venía gestando un republicanismo burgués que estallaría en la rebelión de 1787, se detiene en señalar como sus principales defectos el solapamiento de jurisdicciones y la falta de coordinación entre las diversas instancias: “El gobierno, según yo lo entiendo, es el más intrincado y embrollado de cuantos hay”; “Se notan grandes defectos en la forma del gobierno (...). Sin embargo, tal cual es esta constitución, continuamente se celebra en los escritos la libertad que con ella ha conseguido este país” (p. 692).

Por otra parte, y como ya he señalado, Ponz, en contraste con la mayoría de los relatos de viajeros ilustrados, españoles y europeos, apenas se ocupa de la vida cotidiana, las costumbres, formas de sociabilidad y estilos de vida en los territorios que visita.³⁰ Y ello pese a que eran aspectos que figuraban de forma prominente en la preceptiva del viaje dieciochesco, que una gran parte del público esperaba leer en este tipo de literatura, y que encuentran su lugar incluso en las páginas de otros viajeros eruditos como Juan Andrés o Nicolás Rodríguez Laso. En cambio, Ponz parece querer componer de sí mismo una imagen de gravedad poco inclinada a las diversiones y presentarse ante sus lectores concentrado en la tarea que se ha asignado al iniciar su viaje. Por ello apenas evoca escenas de ocio y sociabilidad, y cuando lo hace es casi disculpándose, como en su visita a los famosos jardines de Vauxhall en Londres (“en una noche que me llevaron a ver este espectáculo” –p. 511), o en la velada en la ópera de París: “no pude menos de ver una ópera y una comedia, siquiera por no ser tenido por un bárbaro” (p. 400).

El contenido del relato se ciñe principalmente, como el del *Viaje de España*, a la descripción artística. Al modo habitual de los viajeros eruditos, Ponz describe la arquitectura de iglesias, palacios, teatros, plazas, y ofrece extensas listas del patrimonio custodiado en colecciones reales, eclesiásticas o privadas de cuadros o esculturas. Los criterios que le inspiran son los mismos que presidieron su labor al frente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando: la firme defensa de los principios neoclásicos, inspirados en los modelos de la Antigüedad.

³⁰ BOLUFER, Mónica: “Civilización, costumbres y política en la literatura de viajes a España en el siglo XVIII”, *Estudis*, n° 29 (2003), pp. 113-158.

Así, se muestra crítico o, a lo sumo, frío hacia el arte medieval, por mucho que otorgue algún mérito –sin entusiasmos– a algunas de sus más insignes manifestaciones, como la *Sainte Chapelle* de París (p. 293). Su animadversión hacia el arte barroco es profunda, como hace patente su desprecio por obras cumbre de ese estilo, como el palacio inglés de Blenheim (1715). Y aprecia, naturalmente, el arte del Renacimiento italiano, a través de las pinturas de maestros presentes en tantas colecciones por toda Europa, así como la arquitectura clasicista francesa –en edificios como la Casa de la Moneda de París o el *Grand-Théâtre* de Burdeos– o el neopalladianismo inglés de los siglos XVII y XVIII, presente en construcciones públicas como Somerset House, Mansión House o el Banco de Inglaterra, así como en las mansiones campestres de la aristocracia.

El baremo estético de Ponz resulta deliberadamente elitista, en la medida en que se expresa y actúa como representante de una noción del “buen gusto” limitada en su aceptación social, sin desaprovechar ocasión para marcar distancias con otros viajeros menos expertos que, fascinados con la magnificencia y espectacularidad de algún edificio o conjunto urbanístico, son incapaces de apreciar adecuadamente los fallos de diseño o proporciones (p. 806). No obstante, se muestra pesimista a propósito de las Academias de arte que se habían fundado en gran número por toda Europa a lo largo del siglo XVIII para regular todos los aspectos de la actividad artística, desde la formación, crecientemente intelectualizada, a la exposición de las obras. A pesar de ser él mismo secretario de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, o precisamente por ello, porque conoce los obstáculos y conflictos que estaban acarreado los empeños por erradicar las formas barrocas e imponer los patrones neoclásicos, considera que el éxito de tales instituciones a la hora de imponer el “buen gusto artístico” no había estado a la altura de sus propósitos (p. 309).

Ponz fue lo bastante perspicaz como para comprender que su época, el llamado, ya en su propio tiempo, “siglo de las academias”, era también, de forma decisiva, el tiempo de una trascendental mutación en la sociología de la producción y el consumo artístico. Las artes, vinculadas en siglos anteriores casi exclusivamente al mecenazgo de la Iglesia, la monarquía y la aristocracia (con la excepción de la pintura holandesa, en cuyo desarrollo la burguesía había tenido un papel esencial), experimentaron en el XVIII, al compás del crecimiento económico y los cambios sociales en Europa, una notable ampliación de su clientela y su público. En particular en aquellos países más dinámicos, como Inglaterra, quienes adquirirían obras de arte no eran ya sólo la realeza, las jerarquías eclesiásticas y la aristocracia, sino, de forma creciente, una clientela numerosa y variada, compuesta cada vez más por las clases medias, burguesas y profesionales. Y ello, a su vez, repercutía en la mayor variedad y la decidida secularización de los temas artísticos, en la ampliación de prácticas hasta entonces muy elitistas, como la de encargar a un artista el retrato de un individuo o una familia (“Se

hacen cada año infinitos retratos de enteras familias, cuyas cabezas pueden costearlos”, p. 582) y en el desarrollo de nuevas técnicas, como aquellas que permitían reproducir imágenes en grandes tiradas y a un precio asequible a través del grabado (p. 632). Mutaciones artísticas que eran reflejo de las transformaciones sociales, y que Ponz se muestra abierto a comprender, en mayor medida que otros viajeros como Moratín, quien lamentó la orientación del arte inglés hacia un mercado más masivo que selecto.³¹ Asimismo, Ponz deja constancia de lo que significaba la exhibición pública de las obras de arte en los salones bianuales de la Academia de Pintura y Escultura francesa, o en las numerosas exposiciones abiertas al público en Inglaterra, previo pago de una entrada. Un fenómeno también novedoso en el siglo XVIII, que implicó una gran ampliación del mercado para las obras de arte, el origen de la crítica especializada y la formación de una opinión pública considerada con autoridad para pronunciarse sobre cuestiones estéticas (pp. 307, 582).

Si la reflexión y el juicio artístico tienen una presencia dominante en el relato del periplo europeo de Ponz, otros temas menudean también a lo largo de sus páginas. En el *Viaje fuera de España*, como hiciera en su *Viaje de España*, el secretario de la Academia de San Fernando se manifiesta decidido partidario de ciertas reformas económicas y, en menor medida, sociales, para promover las cuales en su país invoca los ejemplos que le parecen dignos de imitación a lo largo del recorrido. Del mismo modo que la mayor parte de los ilustrados españoles, Ponz se adscribe a un reformismo moderado, nada partidario de las rupturas y respetuoso con el orden estamental y el absolutismo regio. En lo económico, su pensamiento aparece ecléctico, heredero de un conjunto de influencias, desde el agrarismo al mercantilismo tardío, e incluso ciertos ecos de planteamientos liberales. Le interesa en particular la agricultura, cuya importancia subraya, al modo de tantos reformadores de su época, como base de la economía. Por ello insiste en la necesidad de mejorar el aprovechamiento de las tierras a través de innovaciones en los cultivos, así como en la urgencia de promover la repoblación forestal (una de sus obsesiones) y los canales de regadío.³² Muy en especial, admira la productividad de los campos en Inglaterra y en las Provincias Unidas, dos de los territorios europeos que habían iniciado procesos que, por vías distintas, permitieron la intensificación de cultivos y el desarrollo de un lucrativo mercado para los productos agrarios. Por ello, Ponz se maravilla ante el verdor y la feracidad de la húmeda campiña holandesa: “campos y prados cercados de árboles me traen a la memoria nuestra campiña de Madrid, que si se quisiera podría ser otro tanto” (p. 670), exclama al contemplar desde

³¹ MORATÍN, *Apuntaciones...*, cuaderno 2º, XII, p. 85.

³² Al tema del arbolado le dedica largas páginas de su *Viaje de España*, así como un artículo posterior: “Plantío de almendros en las cercanías de Madrid”, publicado en el *Diario de Madrid*, vol. II (1786), pp. 101-103 y 105-106.

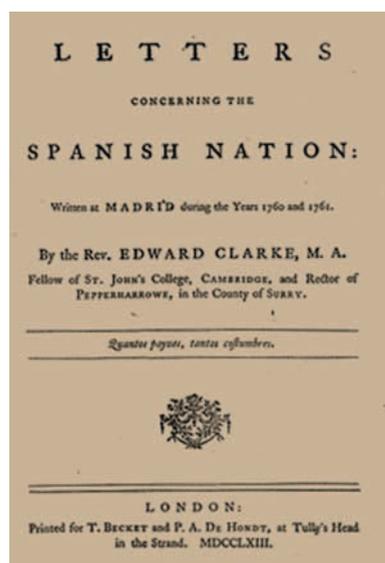


FIG. 6. Portada de las *Letters* de Edward Clarke (1763).



FIG. 7. Retrato de Henry Swinburne.

un lugar elevado los alrededores de Amsterdam; “Parecen pedazos de Paraíso”, “más parece un país imaginado y poético que verdadero” (p. 695), sentencia mientras viaja a lo largo del canal que separa esa ciudad de la vecina Utrecht. Y, en fin, exhorta de forma recurrente a imitar esos ejemplos en el fomento de la agricultura española:

¡Dichosa España si, llegando a conocer perfectamente la bondad de tu clima, la excelencia de tu suelo y natural feracidad por cuanto producen todas las tierras de Europa, y mucho más con la ventaja de no estar expuesta al furor de los elementos, a cielos tenebrosos, a malos influjos del aire y de las aguas estancadas, como están expuestas estas tierras, te determinases un día con empeño a perfeccionar tu cultivo (...). Verías que las verdaderas riquezas no son las que se buscan en los senos, sino en la superficie de la tierra, cultivada con perfección, y que de este cultivo nacería el comercio y toda suerte de opulencia... (pp. 677-678).

Asimismo, en Inglaterra alaba con insistencia a la *gentry* o nobleza rural e incluso a los magnates por su práctica de residir durante todo el año –en el primer caso– o buena parte de él –en el segundo– en sus dominios rurales, velando por el adecuado uso de sus tierras, costumbre que contrapone al absentismo de buena parte de la nobleza española.³³

Aunque su interés primordial, en el ámbito económico, lo constituye la agricultura, Ponz deja constancia en su recorrido por Europa, asimismo, del de-

³³ FRANK, *El “Viage de España” ...*, pp. 81-90.

sarrollo de las manufacturas, tanto en la modalidad de industria a domicilio, en amplias zonas rurales de Francia, Inglaterra o los Países Bajos, como en la de fábricas centralizadas: los astilleros ingleses, las fábricas de tejidos en Birmingham, Manchester o Londres, las manufacturas de loza de Delft, o la célebre fábrica de tapices de los Gobelinos en París. Sin embargo, no llega a mostrar la curiosidad de su amigo Ureña, gran amante de la ciencia, que describe con detalle artilugios mecánicos y aun ingredientes químicos en sus visitas a establecimientos industriales como el de cerámica de Wedgwood en Inglaterra. Sí alaba, en cambio, sin reserva alguna la política comercial británica, basada en un agresivo mercantilismo. Y, en general, no oculta su admiración por la hegemonía económica de Inglaterra, que sobre el triple pilar de una agricultura próspera, un comercio floreciente y unas manufacturas con gran empuje se había impuesto en el siglo XVIII sobre su gran competidora, Holanda. Un ejemplo que no duda en invocar, frente a la economía española, cuyos problemas atribuye en buena medida, siguiendo la tradición arbitrista, a su incapacidad para rentabilizar sus inmensos dominios coloniales:

Los ingleses con su industria, comercio y superioridad en los mares han sido dueños de los tesoros de todas las naciones. Han sabido fijar sus riquezas en grandes edificios, excelentes caminos, perfecto cultivo de las tierras, casas de campo por todas las provincias, etc., que es lo que yo llamo hacer estables las riquezas (...). Hubiérase hecho así en España desde que se extendió inmensamente la monarquía en el Nuevo Mundo, como se ha hecho y se hace bajo el feliz reinado del gran Carlos III, hoy sería la parte de Europa más magnífica, la más abundante, frecuentada, y acaso la más rica (pp. 458-459).

En el terreno social, Ponz ejemplifica bien la visión crítica, pero también los límites, del reformismo dieciochesco, con su afán por flexibilizar, sin destruirlas, las jerarquías estamentales del Antiguo Régimen. Así, censura a la nobleza “ociosa” y aboga por la residencia de nobles y personas acomodadas en sus tierras con una argumentación a la vez económica y moral, que incluye el elogio e idealización de la vida campestre por oposición a la urbe “corrupta” (p. 245).³⁴ Todo ello desde una visión reformista que contempla el fomento económico como el resultado de la sabia dirección de la monarquía, la colaboración patriótica de los privilegiados y el trabajo feliz y voluntarioso de los labriegos. Sostiene la necesaria colaboración del clero en la promoción de reformas económicas y artísticas y la fundación de establecimientos asistenciales, sin mostrar, en cambio, ningún interés o curiosidad por las condiciones de tenencia y explotación de la tierra y los derechos señoriales, ni proponer modificaciones en la estructura de la propiedad. Asimismo, suscribe la visión reformista de la pobreza y la beneficencia, representada, entre otros, por Bernardo Ward en su *Proyecto económico* (1762),

³⁴ También *Viaje de España*, t. IX, pp. 261-262.

que estigmatizaba la “ociosidad” y ponía el énfasis en el empleo productivo y la moralización de las clases populares y los sectores marginales de la sociedad (p. 227).³⁵ Y no se priva de mostrar su menosprecio hacia la plebe, a la que se refiere con términos despectivos (“vulgacho”, “gentualla”), y cuyas maneras rudas le desagradan en París (carta VIII del tomo I), tanto como sus iniciativas de protesta e intervención política le escandalizan en Inglaterra.

Por otra parte, la religiosidad de Ponz, estudiante de Teología en su juventud e investido con las órdenes menores, es de signo ilustrado y reformista, dentro de los perfiles habituales que tales posiciones presentaban en nuestro país: desagrado frente a las “supersticiones” y creencias populares y poco aprecio por los fastos externos. Católico convencido, no deja de criticar algunas manifestaciones de la fe que estima excesivas o supersticiosas, como los brotes de fervor extático de los llamados convulsionarios de Saint-Médard en París, y, aunque no muestra incredulidad ni ironía, tampoco trasluce excesiva unción hacia las reliquias; así, al reseñar las conservadas en la Sainte-Chapelle de París, entre ellas la supuesta corona de espinas de Jesucristo, no puede menos que advertir: “Si fueran ciertas tantas espinas como hay repartidas y se veneran en muchas iglesias de Europa, necesariamente debía estar muy despojada de ellas la corona de la Santa Capilla” (p. 294). Sin embargo, pese a sus reservas sobre la autenticidad de esta y otras reliquias, lejos de extraer consecuencias en un sentido escéptico, las alaba por su capacidad de suscitar devoción: “No perjudican estas dudas a la devoción cristiana; antes dichas memorias excitan en las buenas almas piedad y ternura” (p. 294). Por otra parte, no adopta nunca una actitud conciliadora frente a otras confesiones. Cierto es que describe las diferencias religiosas en los países que recorre, como lo hacían todos los viajeros, que se asomaban a través del viaje a una realidad confesional más variada que la del propio país. Sin embargo, al señalar el variado panorama de las distintas creencias y cultos con las que su recorrido por Europa le puso en contacto, Ponz lo hace con un interés sólo relativo y una curiosidad menor que otros viajeros, como Olives o Ureña. Su actitud suele ser defensiva, buscando rechazar las acusaciones de intolerancia vertidas contra su Iglesia y recordando siempre que tiene oportunidad las persecuciones o discriminación padecidas por los católicos. Así, rinde homenaje a los “mártires” de Gorkum, ejecutados por protestantes holandeses durante la revuelta contra la monarquía hispánica (p. 702) y se muestra especialmente indignado en Inglaterra por la animadversión popular contra la minoría católica y por las limitaciones que ésta sufría en sus derechos civiles y en el culto público (pp. 623-624). De ningún modo aprueba las medidas de tolerancia establecidas en Inglaterra o las Provincias Unidas, y su conse-

³⁵ En su *Viaje de España* (t. I, p. 366; III, p. VIII; X, p. VII) alaba con frecuencia también la colaboración de los prelados para adoctrinar y promover la ocupación de pobres y “ociosos”.

cuencia, la proliferación de grupos religiosos, le provoca un profundo desagrado. Su talante de reformista católico, respetuoso con la monarquía y la Iglesia, le hace contemplar la libertad de pensamiento y culto como un peligro cuya extensión cabe evitar a toda costa, más que como un rasgo envidiable de algunas de las sociedades más avanzadas de Europa.³⁶

¿Qué es, en suma, lo que el *Viaje fuera de España* nos permite conocer de su autor? La obra, como también su *Viaje de España*, nos lo muestra como un reformista pragmático, moderado y muy vinculado al poder, como, por otra parte, lo fue un sector importante de los ilustrados españoles. Ponz no realiza un balance final de su viaje, como sí lo hicieron otros viajeros, como Viera y Ureña, que dedican las páginas finales de sus respectivos relatos a reflexionar sobre lo aprendido en el transcurso de sus recorridos. Sí lo hace su sobrino, quien, al escribir la biografía de Antonio Ponz, subraya la intención apologética de su viaje por Europa. Si prestamos crédito a José Ponz, la experiencia habría confirmado a su tío en su idea de la injusticia y la desproporción que revestían las críticas de los viajeros extranjeros a España, así como en su convicción de que, en muchos aspectos, otros países no podían darle lecciones. “Enriquecido con tales conocimientos y desengaños”, afirma José Ponz, su tío habría vuelto a España dispuesto a abrir los ojos a sus compatriotas, a esos “conciudadanos entusiasmados con todo lo que viene de los países transpirenaicos”.³⁷ “Comparando este reino con los países extranjeros que ha recorrido y observado”, concluye, “se aprovecha de las faltas que ha notado en ellos para hacer del nuestro la apología más completa y menos sujeta a críticas, como fundada en datos incontestables”.³⁸

Si fuera así, Ponz habría obtenido de su viaje ante todo un “desengaño” acerca de los supuestos méritos y superioridad de otras naciones, en el sentido de abrirle los ojos a sus carencias. Ello, a su vez, le habría reafirmado en su juicio previo de que España merecía ocupar en Europa un lugar más destacado que el que le asignaban algunos viajeros y filósofos extranjeros. En este sentido, formaría parte de esa mayoría de viajeros que buscaban ratificar sus propios principios y creencias y de ese modo regresaban de sus recorridos cargados sus baúles con las mismas convicciones y prejuicios con las que habían salido de casa.³⁹ Sin embargo, podemos pensar que el viaje también le aportó “conocimiento”, no sólo en el sentido puramente erudito de suministrarle información, sino también de transformar en algún grado su perspectiva, abriéndole horizontes. Aunque se muestre menos receptivo que otros viajeros, e incluso manifies-

³⁶ Los viajes contribuyeron en la Edad Moderna a poner en cuestión la autenticidad de algunos restos sagrados, incluso entre gentes piadosas (MACZAK, *Viajes y viajeros...*, pp. 318-332).

³⁷ PONZ, José: “Prólogo” al tomo XVIII del *Viaje de España*, pp. XX-XXI.

³⁸ PONZ, José: “Vida...”, p. LIX.

³⁹ MACZAK, *Viajes y viajeros...*, pp. 395-397; MORANGE, “Le voyage...”, p. 243.

te actitudes visceralmente contrarias a realidades muy alejadas de la propia, como las de la tolerancia religiosa o la libertad política, en algunos pasajes vemos aflorar en él la curiosidad ante paisajes naturales y humanos radicalmente distintos de los ya conocidos y familiares, y percibimos que no se cerró del todo –ningún viajero pudo hacerlo– a vivir lo que constituye la experiencia más profunda del viaje: la de relativizar las propias opiniones y costumbres al confrontarlas con las ajenas. Una vivencia que el humanista francés Michel de Montaigne, autor de uno de los más singulares libros de viaje de la época moderna (su *Viaje a Italia*), caracteriza de este modo, con su habitual ironía y sentido crítico:

A tal efecto es maravillosamente adecuado el trato de los hombres y el visitar países extranjeros, pero no para informarse, según la moda de nuestra nobleza francesa, de cuántos pasos tiene la Santa Rotonda, o de la riqueza de las ropas de la señora Livia, o, como otros, para precisar la mayor longitud o anchura de una efigie de Nerón hallada en una vieja ruina, con respecto a la de alguna semejante medalla. No se ha de viajar para eso, sino para enterarse de los modos y condiciones de los países, y para pulir nuestro cerebro por el contacto con otros.⁴⁰

El mismo Montaigne, en otros pasajes de sus *Ensayos*, lamentó la actitud de aquellos de sus compatriotas que, lejos de su país, eran incapaces de desprenderse de sus prejuicios y de adaptarse a los hábitos de los territorios que visitaban, y mostró su propia avidez por conocer y apreciar, precisamente, lo extraño, lo ajeno, la infinita variedad de las culturas y las formas de vida: “Me avergüenza ver a mis compatriotas adolecer del sandio humor de que los enfaden las formas contrarias a las nuestras. Paréceles estar fuera de su elemento cuando están fuera de su aldea, y dondequiera que vayan se atienen a sus costumbres y menosprecian las ajenas”.⁴¹

No sabemos si Ponz leyó los Ensayos de Montaigne (a quien menciona en una sola ocasión, castellanizando su nombre –“Montaña”–, en el Viaje fuera de



FIG. 8. Retrato de Giuseppe Baretti, por Joshua Reynolds.

⁴⁰ MONTAIGNE, Michel de: *Ensayos*, Barcelona: Ediciones Folio, 2000, vol. I, XXV: “Sobre la educación de los niños”, pp. 108-109.

⁴¹ MONTAIGNE, *Ensayos*, vol. III, IX: “De la vanidad”, p. 168. En un sentido similar, vol. III, XIII: “De la experiencia”.

España).⁴² De ser así, probablemente debió apreciar su erudición y la elegancia de su estilo, pero es muy difícil que compartiera, sobre este y otros temas, sus actitudes escépticas y su lúcido y desencantado relativismo. De cualquier modo, el Viaje fuera de España nos sirve, como todo documento, para nuestro propio “conocimiento y desengaño” en tanto que historiadores, al confirmarnos que las fuentes históricas no siempre nos revelan aquello que desearíamos saber, sino que hay que saber interpretarlas, en su locuacidad o en sus silencios. En este caso, en mayor medida que en otros, el protagonista del viaje apenas se nos muestra. La persona de carne y hueso se oculta y tan sólo se insinúa tras la figura más solemne y envarada del autor; la experiencia real y personal del viaje, tras las declaraciones de signo apologético y reformista. Lo que el relato de Ponz nos transmite acerca de sí mismo es la imagen que él quiso dejar: la de un viajero circunspecto, concienzudo, que se toma muy en serio su tarea y se fija una misión de la que no deja que le desvíen los entretenimientos del camino. Cabe pensar que Ponz, a quien otras fuentes, como la correspondencia con su amigo valenciano Tomás Bayarri, o la biografía escrita por su sobrino, nos presentan como un hombre de talante amable e incluso festivo, amante de la compañía y la conversación, debió disfrutar del ocio, el trato y la sociabilidad a lo largo de su viaje europeo.⁴³ Sin embargo, su idea de aquello que merece consignarse en un viaje omite estos aspectos para poner el énfasis en la erudición y la utilidad. Estrategia exitosa, sin duda, que propició que Mariano Lorente, al traducir la obra de Ponz en 1792, dos años después de su muerte, lo valorase más que a otros autores dentro del género, tan de moda en su época, de la literatura de viajes, elogiándolo como un escritor que había conseguido elevarse “por encima del vulgo de los otros viajeros”.⁴⁴

Ponz, un hombre de orígenes humildes, que buscó la compañía y el apoyo de los poderosos, ambicionó y alcanzó altos destinos en la política cultural y artística y se esforzó por distinguirse a través de la erudición y la estética, presentándose como árbitro del “buen gusto”, del juicio experto de los entendidos o “inteligentes”, frente al “vulgo”, el “común de las gentes” o el efímero “imperio de la moda”, se hubiese sentido sin duda complacido y halagado por estos comentarios.

⁴² PONZ, *Viaje fuera de España*, p. 381.

⁴³ “Epistolario artístico valenciano. D. Antonio Pons”, en *Archivo de Arte Valenciano*, n° 1 (1915), pp. 38-40, n° 3 (1915), pp. 118-123, n° 4 (1916), pp. 156-161, n° 1/año II (1916), p. 39, n° 3/año II (1916), pp. 105-118, n° 4/año II (1916), pp. 155-156.

⁴⁴ *Viaggio fuori di Spagna*, prólogo del traductor.